

- Sigue por el camino de la derecha y cuando hayas cabalgado durante dos días verás el muro de piedra que rodea el jardín. Mucha suerte, hijo mío.

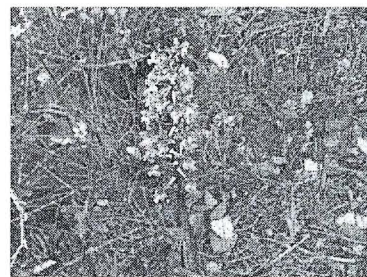
El hermano menor continuó su camino y tal y como le dijo la anciana, al cabo de dos días se encontró el muro. Lo recorrió en toda su longitud hasta encontrar una verja. La empujó con fuerza hasta que se abrió del todo. El joven anduvo por el jardín hasta que al cabo de un buen rato localizó por fin un arbusto con unas hermosas flores blancas parecidas a los lirios. Estaba cortando las flores cuando comenzaron a sonar las campanadas de las 12. El muchacho comenzó a correr hacia la puerta mientras seguían sonando las campanas 4, 5, 6, el jardín era más grande de lo que le había parecido al principio 7, 8, 9. Ya vislumbraba la verja, 10, 11 y ... 12. El joven saltó hacia fuera justo cuando la puerta se estaba cerrando, afortunadamente solo le pilló el talón del pie derecho cuando salía.

Contento por haber conseguido su objetivo emprendió el camino hacia casa. Cuando regresaba se encontró en una encrucijada del camino a sus dos hermanos mayores. Les explicó su aventura y les enseñó las flores que había cortado. Los hermanos, envidiosos, temerosos de que el hermano menor les arrebatara el reino, pactaron entre ellos para repartirse el gobierno y por la noche cuando el joven dormía se avalanzaron sobre él, acabaron con su vida y lo enterraron a la orilla de un río.

El remedio obró el milagro. A las pocas horas de ingerir la pócima comenzó su mejoría. A los pocos días el rey estaba completamente recuperado, pero esta vez había otro dolor que le atenazaba las entrañas, la añoranza por su hijo pequeño perdido irremediablemente. Los hermanos mayores explicaron a su padre que, a pesar de que recorrieron todos los caminos no consiguieron localizarlo.

La historia dio la vuelta al reino. El tiempo fue pasando y cicatrizando algunas heridas. La normalidad se instaló de nuevo en la vida del castillo y aunque el rey nunca volvió a ser el mismo, siguió gobernando para mantener el bienestar de sus ciudadanos.

Los días se fueron sucediendo, el sol siguió saliendo y el río discurriendo al lado de la tumba del hermano menor. Una mañana brillante de primavera pasó por allí cerca un pastor que llevaba sus ovejas a beber. Mientras los animales saciaban su sed, encontró un hueso alargado al lado del agua y fabricó con él una bonita flauta. Cuando el pastor, orgulloso de su obra, comenzó a hacerla sonar se quedó paralizado de estupor al escuchar la melodía que salía de la misma.



*Pastorcito, pastorcito
No me dejes de tocar
Mis hermanos me han matado
Por la flor de lilailá*

Sin dar crédito a sus oídos, volvió a hacer sonar el instrumento y de nuevo éste le respondió con el mismo estribillo.

El pastor, recordando la historia que le había contado su padre sobre como el rey se había recuperado de su grave enfermedad gracias a la flor de lilailá, corrió hacia el palacio para ver a su majestad.

Aunque el rey estaba ya muy anciano, mandó que lo llevaran a su presencia, ante la urgencia que mostraba el muchacho.

Majestad, tengo que contarle algo sorprendente que me ha ocurrido esta mañana- dijo el joven todavía jadeante por la carrera- Mientras mis ovejas bebían en el río me entretuve tallando una flauta en un hueso que encontré en la orilla y al tocarla pasó algo inesperado...

El pastor hizo sonar la flauta y se repitió el mismo estribillo. Cuando el anciano rey lo escuchó sus mejillas ajadas por el tiempo perdieron el poco color que les quedaba. Se tambaleó y se sentó sin fuerzas sobre su trono mientras, con un gesto, le pedía al muchacho le entregara la flauta.

Con las manos temblorosas se acercó el instrumento a sus labios secos y esta vez la melodía cambió de letra

*Padrecito, Padrecito
No me dejes de tocar
Mis hermanos me han matado
Por la flor de lilaila.*

El viejo monarca no daba crédito a sus oídos. ¡Tantos años engañado!. Una vez vencida la primera impresión, sacó fuerzas de flaqueza y llamó a sus dos hijos. Cuando llegaron alarmados por el aviso urgente de su padre, no sospechaban lo que les esperaba. El padre les enseñó la flauta y les obligó a que la tocaran. Cuando la hicieron sonar la melodía que de ella salía les dejó petrificados:

*Hermanitos, hermanitos
No me dejéis de tocar
Vosotros me habéis matado
Por la flor de lilaila.*

Los hermanos se quedaron mudos por la vergüenza que sentían. El monarca, furioso, los desterró del reino para siempre. En el preciso momento en que los hermanos se marcharon, mágicamente, la flauta comenzó a cobrar la forma del hermano menor. Por fin se había hecho justicia. Por las mejillas del rey corrían lágrimas de júbilo. Abrazó a su hijo, con todo el amor y la añoranza que había acumulado en los últimos años y a partir de ese momento nunca más se separaron. Juntos gobernaron el reino durante muchos años más velando por el bienestar y la felicidad de sus súbditos.

Ana Cristina Fraile García